

EL VALDENEGRO DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Setiembre 17 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 7.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO SÉTIMO

CABALGATAS Y TORMENTAS

Habían continuado los paseos en carruaje.—A medida que acortaban los días, salían más temprano.—Iban á veces en breck ó en dog-car, y Marta se entretenía en aprender á manejar. Jorge los acompañaba siempre,—y Marta había dejado de contemplar la sombra gigantesca del caballo y del jinete para fijar algunas veces la vista en el preciado hijo de doña Catalina. Parecíale á ella que el bigote y la patilla del joven, asomando con excesiva timidez á su rostro, tenían un color parecido al de la lluvia de azúcar que adorna comunmente las naranjas acarameladas. Era, sin embargo, bizarro y vigoroso el mayordomo.—Jamás se acercaba sino á llamado del señor Valdenegros cuando este quería pedirle informes sobre tal rumbo ó tal distancia del camino; pero, así mismo, permaneciendo siempre atrás, llevaba la frente erguida, y sus movimientos despreocupados revelaban en él, conciente y enérgico, el sentimiento de la dignidad humana. A veces, siguiendo al galope el acelerado trote inglés de los caballos del coche, se sacaba el sombrero, y entonces las brisas de otoño sacudían sus cabellos lácidos y flexibles que brillaban con los reflejos del sol como hebras de oro incandescentes. Sus ojos, de un azul oscuro, tenían la mirada triste, y tan altiva y penetrante que Marta se sentía contrariada al ver que no podía hacerlos bajar cuando se empeñaba en mirar al mayordomo como á un objeto cualquiera del monótono paisaje.

Luego que la joven hizo el extraño descubrimiento de que *cada vez le gustaba más el campo*, como consecuencia aparente de que nada le gustaban las cuentas del doctor Nugués, buscó naturalmente el medio de amenizar las largas horas de aquella existencia patriarcal, y protestó contra la continuación de los paseos en carruaje, declarando que quería salir á caballo.—Don Francisco no podía dejar de complacerla. Marta cabalgaba con frecuencia en Barracas, no obstante las alarmas invencibles de doña Emilia. En campo libre tiene la equitación menos peligros, siendo sin embargo cierto que en campo libre había caído del caballo y sucumbido Alberto Valdenegros!—Jorge fué consultado y dijo que tenía caballos de toda confianza para andar señoras. Don Francisco fué á entenderse entonces con doña Emilia.

—No hay más!—Le haremos el gusto al tesoro;—tú irás en el landó, nosotros al costado, á tu vista, para que vayas tranquila. Caballos mansos y seguros: Jorge bien á la mano... vamos, Emilia, ni el más ligero asomo de peligro.

Jorge tiene ahora una función más alta que la de acompañar

carruajes. Ante todo, es necesario que ayude á Marta para subir á su montura.—Oh! la señorita es pesada!—Las manos de Jorge le hacen cosquillas en los pies, provocan su risa, y le aflojan las piernas á tal punto que necesita abrazarse del señor Valdenegros para no caer al suelo. El caballo, entretanto, inmóvil, como si fuese uno de esos caballos empajados que ponen de muestra en las lomillerías. Doña Emilia se tranquiliza al verlo y mezcla su risa de espectadora á la risa que se ha hecho general en los actores de la escena. Pero es necesario montar porque la tarde es corta, y Jorge, con fuerzas hercúleas, levanta las piernas flojas de Marta hasta poner los pies á la altura del estribo, y con un giro hábil y gracioso la deja como depositada en la silla. Marta rie á carcajadas; el señor Valdenegros canta victoria; doña Emilia le hace coro, y hasta doña Catalina, que ha creído de su deber acudir al *teatro de los sucesos*, añade al regocijo de la familia Valdenegros el brillo de sus dientes de porcelana.—Jorge está sumamente colorado... ha hecho tanta fuerza!

No ha concluido la tarea. Es menester acomodarse en la montura. Don Francisco busca el pulido pié de su nieta entre los vastos pliegues del vestido de amazona. Lo encuentra y lo encaja como puede en el estribo.

—Así quedo muy incómoda! Abuelito nunca arregla bien estas cosas. Las polleras deben ir sueltas y sujetas al mismo tiempo... Yo no me sé explicar... Lo mejor es que...

Marta se interrumpe. No sabe cómo concluir la frase.—Decir Jorge le parece demasiado familiar; Parler, demasiado ceremonioso; *el mayordomo*... ¿es acaso de buen tono llamar a una persona por el nombre del oficio que ejerce? Pero el señor Valdenegros, con su habitual perspicacia, ha comprendido el pensamiento de su nieta; hace una seña, y Jorge toma sobre sí la responsabilidad de dejar sueltas y sujetas al mismo tiempo las polleras de Marta Valdenegros. Desempeña su cometido con perfección y con presteza, pero no tanta presteza á fé, que no le sea dado á la amazona percibir que el mayordomo, bajo su guante de cutis tostado, esconde una mano que no es desproporcionada ni grosera.

Al fin, se ponen en camino. Jorge, so pretexto de dar una orden á un peon que pasa, se queda algo atrás, como lo hacía cuando acompañaba los antiguos paseos; pero desde el landó, doña Emilia le grita:

—Jorge! ocupe Vd. su puesto al lado de Marta, bien al lado! Oh! si el caballo quiere disparar, ó si tropieza, Vd. la levantará en peso.... ¿entiende?

—Sí, Jorge, sí, dice en corroboración don Francisco.

—Las exageraciones de abuelita, replicó Marta, luego que el mayordomo se le acerca del costado izquierdo;—como si yo fuese tan liviana!

Ante el silencio de Jorge, Marta prosiguió:

—De á caballo, á la carrera, ¿sería V. capaz de levantarme en peso?

—Talvez!—respondió el mayordomo, después de una ligera vacilación.

¿Dudaba de sus fuerzas? Cualquiera otro hubiera respondido: ¡ojalá!

A cada momento doña Emilia preguntaba:

—Marta, ¿cómo vas?—¿cómo te sientes?

Y Marta, comenzando por responder: *muy bien*, seguía el *crescendo* hasta gritar, agitando su latigito blanco: «¡las mil maravillas.»

—No te lo había dicho!—esclamaba el señor Valdenegros, encantado de su prevision.

Aquel ensayo fué estremadamente feliz y se repitió por algunas tardes consecutivas, sin accidente extraordinario. Marta distribuía bien sus horas;—por la mañana, cavilacion en la capilla; á medio día, correo de Buenos Aires, visita á doña Catalina; cabalgata á la tarde, y á la noche, en el piano, torrentes nerviosos de armonías.

De todo este programa, la parte más rigidamente observada era talvez la visita diaria al *chalet* de la familia escocesa. Allí tenía Marta la veleidad de aprender á ser hacendosa. Batía huevos cosía en la máquina, aprendía labores de puntillas y encajes que doña Catalina le enseñaba al son de historias y consejos de Escocia. Los abuelos reían de buena gana al ver esas cosas, ó cuando las refería Marta ponderando sus habilidades domésticas. Ella estaba en el *chalet* con tanta libertad como en su casa, pues no había ejemplo de que Jorge pusiera allí los pies durante el día.—¿Debiase esto únicamente al cúmulo de sus ocupaciones? ¿O algo influía tambien que no le había caído en gracia la heredera de los Valdenegros? Pudiera juzgarse esto último por el episodio siguiente:—Cierta día apercibió Marta sobre una cómoda del dormitorio de doña Catalina un fresco ramito de violetas, colocado dentro de una copa de agua.

—Violetas ya! exclamó la niña;—oh! qué ricas están. Nuestro jardinero nunca nos lleva estas cosas.

—Jorge las trajo esta mañana, respondió doña Catalina. En los sitios más bajos de la quinta, á la orilla de un bañado, hay gran cantidad de violetas que florecen casi todo el año. Jorge, pasando esta mañana por allí, se acordó de traerme ese ramillete... Son lindas, eh!—pero si usted viese las violetas de Escocia!

—Pues si desacredita las violetas porteñas, yo me las llevo...

Y sin más preparacion, Marta adornó con ellas su soberbia cabellera renegrida.

—Dónde mejor colocadas! dijo doña Catalina con embeleso maternal, pues Marta la tenía habituada á considerarse como una segunda madre de la nieta de los Valdenegros.

Al día siguiente, en la misma copa de agua, estaba otro ramito de violetas, fragante y tentador.

—Mi adorno, dijo Marta al verlo.

Y lo engarzó en sus trenzas.

Dos días despues, doña Catalina la llevó á su dormitorio y le dijo con aire misterioso:

—Vea! en la copa hay ahora dos ramitos. Jorge no me ha dicho nada; pero yo lo conozco. No le ha gustado que usted se lleve mis flores, y por eso pone dos ramitos; así, á su madre siempre le quedarán violetas. Sabe que me gustan mucho porque me hacen acordar de Escocia!

Marta guardó silencio. Pareció primero pensativa y despues distraida. Bajaron al comedor, porque aquel día estaban convenidas para hacer un budín genuinamente escocés. Los dos ramitos quedaron bañándose en la copa.

—Cuando llegó la hora de retirarse Marta, doña Catalina le preguntó si no llevaba sus violetas.

—Es verdad! respondió Marta y ella misma subió la escalera con agilidad, alegre, para tomar el ramito que antes había desheñado.

Verdaderamente, ¿podía ella agravarse por las antipatías ó las censuras de Jorge? Desde entonces, siguió surtiéndose de violetas en la cómoda de doña Catalina, y más de una vez adornó con ellas la pechera de su vestido de amazona. Pero Marta era enemiga de deber servicios; en cambio de las violetas que reco-

jia, dejaba todos los días un jazmin.—¿Quién lo recogía despues? Nunca se lo preguntó Marta á doña Catalina.

Los setenta años del señor Valdenegros protestaron al fin contra las agitaciones del ejercicio ecuestre. Amaneció el anciano con dolores de ciática que le impedían erguir su talle majestuoso.—Marta lo supo y se deshizo en zalamerías de nieta regalona.

—Viejito querido! no se vaya á enfermar por culpa mia. Cuidado con que le cuesten caro mis caprichos. Si se enferma yo llamo de nuevo á la fiebre tifoidea, y esta vez no la dejo ir sola. ¿Sabe usted lo que haremos de aquí en adelante? Usted va en el landó, al lado de abuelita, haciéndole la corte, y yo voy á caballo sin alejarme de ustedes. Para todo lo que pueda necesitar es más útil que usted....

Marta se interrumpe; todavía no ha encontrado la manera apropiada de nombrar á Jorge Parler, el mayordomo de las Alamedas!

—Sí, tesoro, responde don Francisco, rebosando de orgullo y de contento al verse condecorado por los brazos juguetones de su nieta;—no perderás tus paseitos á caballo. Se hará como ella dice —¿no es cierto, Emilia?

Corre Marta hácia la abuela y la condecora á su vez, esperando la respuesta.

—Yo quisiera que los indios se robasen todos los caballos de la Provincia, respondió doña Emilia.

—¿Y mientras no los roban?

—Tú has de salir siempre con la tuya.

Marta se regocijaba de haber eliminado de las cabalgatas al señor Valdenegros; contaba de este modo tener más libertad para andar todo el camino al galope, al gran galope, que era su deleite.—Sin embargo, como no podía alejarse del landó sin suscitar las alarmas de doña Emilia, tuvo que resignarse á ver frustrado en gran parte su programa. Solamente á la vuelta, cuadas antes de llegar á las casas, Marta apuraba su caballo y dejaba muy atrás al landó. Jorge la seguía, obedeciendo rigurosamente su consigna. Es inútil añadir que este momentáneo *tête á tête* no tenía la virtud de romper el silencio habitual entre la nieta de los Valdenegros y el mayordomo de las Alamedas, salvo una que otra pregunta trivial que Marta dirigía á Jorge, y que Jorge contestaba con sumo laconismo, pero no sin dejar entrever una dentadura que, en relacion á la de doña Catalina, daba brillante testimonio de las leyes de la herencia.—Otro detalle: nunca se miraban de frente.

Una tarde, al regresar, detúvose el landó á causa de un grave desarreglo en los tiros de un caballo. Las casas estaban todavía distantes.—Caían lentamente las sombras de la noche sobre la llanura callada, y la brisa comenzaba á silbar con la fría aspereza de los cierzos.

—Abuelitos! dijo Marta, acercando su manso alazan, hasta hacerle introducir la cabeza en el landó; mientras componen los tiros yo sigo mi camino y ustedes me alcanzan luego... (hablaba siempre en singular, siendo presuncion *juris et de jure* que iba enteramente sola, aun cuando la acompañase invariablemente el mayordomo).

—Niña! exclamó doña Emilia con aire de decidida oposicion.

—Oh!—insistió la niña; está muy fria la tarde y no quiero perder calor. Ustedes me alcanzan en dos minutos.

—Anda, locuela, anda, dijo el señor Valdenegros;—tambien nosotros debemos hacer cubrir el landó...

No había concluido cuando ya Marta apartaba su caballo y se alejaba al galope, dándose vuelta para contentar á la abuelita con el gesto y el chasquido de un beso.

—Jorge! Jorge! gritó doña Emilia;—no se le separe ni un instante. Usted me responde de mi nieta!

Tan grave responsabilidad hace latir de un modo extraño el corazón de Jorge, cuando llega al costado izquierdo de la joven amazona, que apura y enardece á su alazan, azotándole nerviosamente

el pescuezo con la ballena de su latiguito blanco. El noble animal parece adivinar los fogosos anhelos de su dueña y desenvuelve toda la fuerza de sus músculos, con balances y escarceos que estaban ya abolidos de sus rocinales costumbres. Lérguese la joven amazona, satisfecha y orgullosa, sobre el lomo de su corcel alborotado. Arroja el viento las largas polleras flotantes de su vestido negro sobre el caballo de su silencioso guardian, y agita como fantástica cimera el velo blanco de su galera plomiza.... Ah! todos los cierzos de la pampa no bastarian para apagar la hoguera que flamea en las mejillas rojas de la joven amazona, que ilumina sus ojos y hace jadear su pecho... Nieblas sutiles se levantan de las vastas praderas y se confunden con las cenicientas nubes del horizonte, formando como un inmenso mar de brumas á los últimos reflejos mortecinos del crepúsculo.

—Hermoso! hermoso! murmura Marta, latigueando sin cesar á su caballo.

—Cuidado! cuidado! balbucea Jorge, deslumbrado, atónito.

—Adelante! adelante! Oh! mi alazan! quisiera darte alas para perderme contigo en las nubes del cielo!

Y el noble animal, cual si oyera á su dueña, vá precipitando el galope hasta soltar desatentadamente la carrera.

Jorge se inclina y tiende la mano hácia la brida del caballo de Marta; pero esta lo detiene. Sus manos se tocan, se estrechan involuntariamente, y así, apareados, unidos, formando una sola masa de materia nerviosa,—ginetes y caballos,—allá ván, como impelidos por el huracan de Paolo y de Francesca, en el vértigo de la carrera que devora el espacio sobre la llanura enlutada....

De aquel sueño, de aquella pesadilla, Jorge fué el primero en despertar. Soltó la mano de Marta y con mano firme empuñó la brida del dócil alazan.—Sin violencia, gradualmente, como el mar que se apacigua, fueron retardando el paso los caballos, hasta detenerse temblorosos y jadeantes de cansancio.—La fatiga, la emocion, una embriaguez incomprensible se dibujan en el rostro de la joven amazona. Su mirada se estravia, su cuerpo se dobla; apenas tiene Jorge tiempo de bajar del caballo, recibirla en sus brazos y dejarla caer suavemente sobre la yerba humedecida por las primeras lágrimas de la noche.

Están en las inmediaciones de la quinta, cuyas arboledas se alzan como fantasmas apiñados, dejando ver aquí y allá luces de vivienda humana. Revoletean los teros lanzando gritos de alerta y el eco del bosque multiplica el ladrido de perros no lejanos.

Jorge ha salido de un sueño para caer en otro. No hay una gota de sangre en sus mejillas; toda la reclama el corazon, para alimentar el fuego de las sensaciones violentas que lo embargan. De pié, con los brazos cruzados, contempla á Marta casi acostada á sus piés... Todos sus pensamientos son castos; está preservada la imprudente inocencia de la joven.

Siéntese al rato el ruido de un carruaje que avanza con rapidez.—Los cascabeles de los arreos resuenan fantásticamente en los oídos de Marta.—Ella se incorpora y arregla precipitadamente su cabellera en desorden bajo el elástico de su galera plomiza.

—Gracias, Jorge, gracias!—esclama luego. Esto ha sido una locura.... Nada contarémos.... ¿No es verdad?

Jorge no responde. Silenciosamente, acerca el caballo de Marta y la hace subir. Era ya tiempo; el landó llegaba!

Venian doña Emilia y don Francisco en sobresalto, sorprendidos de la distancia que habia logrado Marta adelantarles. Respiraron libremente cuando uno de los jockeys anunció que *ya se avistaba á la niña*, y cuando el landó se detuvo cerca de ella no hicieron mas que abrumarla con preguntas cariñosas é insignificantes.... Algunas horas despues, entre el dormitorio de doña Emilia y el de Marta se cruzaba este diálogo:

—Niña! hace una hora que te siento inquieta y desazonada, sin conciliar el sueño.... ¿Tienes algo?

—Oh! nada,—abuelita querida;—estoy simplemente desolada, y por mi gusto dejaria la cama para hacer ejercicio.

—Qué locura! hija mia; pero en fin, si te parece, yo puedo levantarme y hacerte tertulia.

—No, abuelita, no; es una broma; puedes dormir tranquila; ya siento venir el sueño....

Pero Marta aún estuvo largo tiempo buscando, sin encontrarla, una postura cómoda en sus almohadas de plumas y en su colchon elástico. Se estremecía todo su cuerpo. Creia sentir que un vertiginoso torbellino la precipitaba en el espacio, entre las sombras de la noche, dando ella la mano á un hombre cuyo silencio era *más entretenido* que la conversacion del Dr. Nugués!

No lejos de allí, en la casita suiza, tenia lugar este otro diálogo:

—Jorge,—han dado ya las doce y no te acuestas.... ¿Precisas algo?

—Gracias! madre; estaba concluyendo unos apuntes, pero si te mortificas verme en pié, me acuesto y en diez minutos estoy profundamente dormido.

—Si, Jorge, ya que madrugas tanto, es menester que aproveches la noche.

—Hasta mañana, madre mia.

—Dios te bendiga.

Doña Catalina se adormece tranquilamente; es bueno que las madres, con todos los finos instintos de su amor, no siempre puedan descubrir las tormentas que rebullen en el corazon de sus hijos. El aire gracial y la luz descolorida de las alboradas de Mayo encontraron á Jorge recostado todavia en la ventana de su dormitorio, con el pensamiento fijo en una mano pequeñuela, delicada, primorosamente ceñida por un guante de cabritilla color perla que, sin embargo, le aprisiona y le tortura el corazon como si fuese una manopla de hierro!

Al día siguiente, Marta hizo su visita de costumbre á la casita suiza.—Antes de despedirse, subió al dormitorio de doña Catalina. Sobre la cómoda, dentro de la copa de agua, habia aquella vez un solo ramo. Marta bajó sin violetas en sus soberbias trenzas renegridas, y estrujando un jazmin que habia arrancado de su pecho.

Cuando entró al salon de su casa, don Francisco y doña Emilia jugaban á las damas.

—Abuelito, dijo acercándose á ellos;—el día se descompone; la tarde estará muy fria; hoy no quiero salir á caballo.

—Superior!—respondió don Francisco; casualmente, hoy nos falta la compañía de Jorge.

—¿Porqué? preguntó doña Emilia.

—Me ha prevenido que volverá tarde de recorrer los alrededores exteriores.

—En todo caso, replicó Marta, no seria él Don Preciso.... Me parece que podia acompañarme cualquier otro, con ustedes al lado, si yo tuviese deseos de salir....

—Pero en nadie tendria yo tanta confianza, dijo don Francisco.—Es tan ginetel! conoce tanto el campo!—¿No te parece lo mismo, Emilia?

—Por supuesto! contestó la señora. Creo sin embargo que para salir en carruaje no es indispensable Jorge Parler. ¿Quiéres salir en carruaje, Marta?

—Nó! hoy quiero descansar.

—Y anoche querias hacer ejercicio!

—Soy voluble.... ¿no es verdad?

—Me parece que empiezas á aburrirte de la estancia.... Sabes que estamos á tus órdenes....

—Mañana mismo! exclamó don Francisco.

—Más despacio, señor Valdenegros, más despacio! lo pensaré! Hoy no deseo hacer otra cosa que pensar.

A la noche,—siendo ya las nueve, Marta se habia fatigado de tocar el piano, mientras sus abuelos jugaban al besigue, y la

aplaudían de tiempo en tiempo.—Se levantó, los besó en la frente, y les dijo haciendo una cortesía encantadora:

—Voy á escribir una larga carta para mi amiga Orfilia; espero que Vds. encontrarán consuelo durante mi breve ausencia!

Cuentan las crónicas que Orfilia jamás recibió la larga carta que Marta hubo de escribirle aquella noche. Ella quería estar sola revolviendo en libertad ideas que le trastornaban un poco la cabeza, y sensaciones que le hacían saltar el corazón. Paseábase en su alcoba iluminada apenas por la luz de una bujía que oscilaba en la habitación inmediata, cuando llegó á su oído un canto sentimental y varonil. Detiénese á escuchar; aquel canto se pierde á intervalos entre el rumoroso silencio de la noche, y reaparece despues con notas quejumbrosas y vibrantes.... Abre la puerta de su cuarto y sale al corredor.... Frias tinieblas se precipitan sobre ella.... No es menester que vea luz en las ventanas de la casita suiza para saber á quien pertenece aquella voz.... Recostada en la balaustrada del corredor, estremecida de frío, aplica el oído al canto que ahora puede percibir distintamente y sin interrupciones.... Oyese apenas el acompañamiento del piano, en aquella canción sencilla y grave, como sencilla y grave es la expresión del dolor.—Vagan allí recuerdos dulces y tristes de la patria lejana... ¿Acaso ha sido capaz de comprenderlo y de sentirlo Marta cuando al terminar la canción, serpentea en su garganta el sollozo y estalla en su pupila el llanto?

Momentos despues, hácese oír de nuevo aquella misma voz. Es un canto de amor, más tímido, más íntimo, de armonía velada y sofocada, cual si espresase los deliquios de una pasión ignorada.... La noche es tenebrosa; el viento arrécia, y sus querellas en la bóveda sonora de los árboles apagan el eco de la amorosa canción.... Entra Marta á su aposento y con paso sigiloso se aproxima al salón. Don Francisco y doña Emilia discuten con acaloramiento candoroso las cuentas de la partida de besigue.—Vuelve entónces sobre sus pasos, toma de su aposento un chal de cachemira blanco, se envuelve nerviosamente en él y baja presurosa al jardín, sin preocuparse de la borrasca que sube el diapason de sus querellas en la bóveda sonora de los árboles.... ¿Porqué se detiene, sin embargo, cuando está ya cerca de la ventana iluminada, detrás de cuyos cristales se dibuja la figura de Jorge, sentado al piano, exhalando sus notas de amor, voluptuosas y dolientes?—Ha sentido entre el follaje, removiendo la tierra á pocos pasos, pisadas que se acercan.... y luego, un ladrido enorme la sobrecoje de espanto.... Huye despavorida;—la luz de un relámpago ilumina su carrera; y Jorge, que se ha acercado al cristal de la ventana, alarmado también por los ladridos, divisa entre las plantas del jardín formas de mujer, blancas y fúgitivas á cuya vista palidece y queda inmóvil, esperando la luz de otro relámpago que solo alumbra en seguida las calles desiertas del jardín.

Poco despues, desatóse la lluvia con violencia y retumbó fuertemente el trueno.—Don Francisco y doña Emilia acudieron á las habitaciones de Marta. Estaba ella en su alcoba, á oscuras, reclinada en un sillón, temblando y anegada en lágrimas.

—Cómo me ha impresionado la tormenta! balbució al ver á sus abuelos, que se le acercaron y le estrecharon las manos con vivísimo interés;—apenas he tenido tiempo de apagar la luz, de miedo de los rayos.... por aquel espejo.... El viento, los truenos, los relámpagos....

—Niña nerviosa! exclamó la señora; siempre lo fuiste, y lo eres más desde tu ataque de fiebre tifoidea....

—¿Pero porqué no has ido á buscarnos á la sala?—preguntó don Francisco, positivamente contrariado:—¿por qué no has llamado?—¿por qué no has hecho venir una criada? Pensar que estabas enteramente sola!

—He sentido un miedo tan extraño!—dijo Marta,—y despues, poniéndose de pié, dominando con energía su emoción:—ahora todo ha pasado; mis nervios están quietos; me encuentro bien, no tengo miedo.

—Mujer! ya no hay besigue sino cuando esté nuestro tesoro al lado!

Y don Francisco abrazó á Marta, que ya estaba abrazada de doña Emilia, formando los tres un compacto grupo de familia, cual si quisieran así defenderse de la borrasca, que azotaba con furia el techo, las columnas y los muros de aquella hermosa morada.... Ay! otra borrasca ha invadido el hogar y ruje sordamente en el corazón de Marta Valdénegros!

(Continuad.)

CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—)o(—

V.

TRISTE fué la llegada de Alberto Conde á Rio Janeiro. Las fatigas del viaje lo habían postrado á tal punto, que se vió obligado á guardar cama apesar de los deseos que tenía de recorrer aquella gran ciudad, cuyo marco de montañas y de verdura había contemplado desde la cubierta del vapor.

Se sofocaba en aquella atmósfera pesada, y consultados los médicos para quienes don Rafael llevaba valiosas recomendaciones, determinaron estos que el enfermo debía ser inmediatamente trasladado á algun punto elevado de los alrededores de Rio, designando especialmente la Tijuca, donde encontraría todo género de comodidades.

Dos dias despues, Alberto cruzaba en carruaje la ciudad y se dirigía á la Tijuca, preciosa montaña situada en las proximidades de la ciudad, y se instalaba en un cómodo hotel edificado en una de sus pintorescas laderas. El pobre enfermo se encontraba bien en aquel ambiente puro y tibio que daba descanso á sus fatigados pulmones.

El sitio era encantador. La montaña, vestida de árboles hasta la cumbre, era un jardín espléndido, en que crecían todas las plantas tropicales con lozana exuberancia, entretegidas unas á otras con mallas de lianas. Cerca del hotel, un arroyuelo que corría desde las alturas culebreando por entre los árboles, se precipitaba de repente en el vacío, y despues de un salto de veinte varas, volvía á tomar su cauce, arrastrando en su rápida corriente las burbujas de espuma que el agua formaba al caer. Ante aquella cascada se pasaba Alberto las horas, mirando cómo el agua se rompía en las piedras, desmenuzándose en agujas aceradas, que formaban un nimbo de niebla en torno de aquel sitio.

Cada vez estaba Alberto mas reconcentrado en sí mismo, y pocas eran las palabras que Don Rafael lograba sacarle. Cuando hablaba, era con displicencia, aun sobre los asuntos que mas podría interesarle. Lo único que por algunos momentos despertaba su interés era lo que su padre le hablaba de Cristina. Parecía que todo su ser se reanimaba, pero aquellos relámpagos de vida duraban poco, y quedaba nuevamente sumido en su abatimiento, la cabeza hundida entre los hombros angulosos, la mirada vidriosa y fija, la frente humedecida en sudor, y la respiración fatigosa, anhelante, con los labios entreabiertos como si quisiese absorber todo el aire que lo circula para alimentar á los pulmones que se deshacían minados por la tisis.

Y así se pasaba las horas, sentado, con las espaldas encorvadas, haciendo todo género de esfuerzos por contener la tos, que era lo que más lo postraba. Apenas tenía aliento para escribir, y solo lo hacía por Cristina, á quien le pintaba su estado como muy satisfactorio, no con el propósito de engañarla, sino porque así lo creía él sinceramente, con esa ilusión que anima á los tísicos hasta sus últimos momentos.

Pero Cristina no se engañaba. En el laconismo de las cartas de Alberto, en la frialdad que ellas respiraban, en la inseguridad de la letra, ella adivinaba la realidad y hasta la exajeraba con ese empeño con que

siempre parece que se complace en mortificarse el que sufre. Ella no quería oír consuelos ni esperanzas, y sin temor ya de que Alberto advinase en su rostro las huellas de sus lágrimas, lloraba todo el día, sin aspavientos y sin empasmos, sino tranquila, resignada, como si hiciera ya largo tiempo que hubiera recibido el golpe que la amenazaba.

Vivia en un estrecho retraimiento de claustro, rigurosamente vestida de lana negra, sin adornos ni atavíos de ningún género, entregada al culto de los recuerdos, y arrobada en un misticismo que ella misma no acertaba a descifrar con precisión, mezcla de algo divino y algo humano, ser intermedio entre la imagen de Alberto Conde y la de Jesús, que identificaba Cristina a punto de fundirlas en una sola.

Ella nunca había sido beata, y no tenía de religión más nociones que las muy vagas que había recogido en el Colegio de las Hermanas de Caridad, donde solo le enseñaban la mecánica del culto católico en cuanto concierne al aparato escénico del templo: a bordar mantos, a cribar panizuelos, a confeccionar flores de trapo y picar papeles para adornar los cirios. Su religión era más material que espiritual, y así se explicaba aquella veleidad con que había abandonado sus santos al sentir las primeras sensaciones del amor, continuando sin embargo en sus prácticas religiosas, más hijas de la costumbre que de la devoción.

Pero marchitadas sus ilusiones terrenales, su alma, ávida de amor volvía a acariciar aquellos ideales místicos, y sin darse mucha cuenta de ello, encarnaba en la dulce memoria de Jesús el recuerdo querido de su Alberto, a quien una voz secreta parecía decirle que no volvería a ver.

A pesar de los ruegos de sus padres, Cristina se entregaba día por día a la vida contemplativa, prescindiendo en cuanto le era posible del contacto con toda persona. Había despojado su alcoba de todas las coqueterías y monadas que la adornaban: ni una flor en los floreros, ni una cinta en el cortinado, ni un frasco de esencias en su tocador. Bajo pretexto de que el polvo que se adhería a la alfombra que cubría el piso la molestaba, la hizo quitar; cambió con otro pretexto su cama de jacarandá tallado por otra lisa de fierro, y poco a poco convirtió su antes risueña alcoba, en una pieza severa y sombría como una celda.

Alegando que aquello la distraía, no permitió que la sirvienta hiciera el acomodo de su habitación, y antes que nadie se levantase en la casa ya ella había hecho sus arreglos y estaba entregada a sus meditaciones místicas frente a un crucifijo, a cuyo pie se veía como única ofrenda, un paquete de cartas que ella leía y releía todos los días, como si aquellas palabras escritas hicieran revivir en su oído el acento de su ausente querido.

Una de sus hermanas que tenía su cuarto contiguo al de Cristina, oyéndola sollozar una noche, atisbó por el ojo de la cerradura, y vió con sorpresa que apesar de la hora avanzada que era, estaba aquella vestida sobre la cama, al parecer dormida, iluminado su pálido rostro con los débiles reflejos de una veladora encendida frente al crucifijo.

Comunicó la hermana al día siguiente a sus padres lo que había visto, y estos, alarmados con aquella novedad, quisieron cerciorarse de si era simplemente una casualidad el haberse dormido Cristina vestida, ó si era práctica que había adoptado en su nuevo método de vida. Aquella misma noche se convencieron de que Cristina se acostaba sin desnudarse, y consultado el médico de la casa sobre el particular, declaró que era urgentemente necesario impedir aquella locura, pues ya lo tenía preocupado la palidez y el desencaje de la niña, y en tan delicado estado forzosamente había de serle muy perjudicial aquella práctica anti-higiénica.

A los cariñosos reproches de sus padres, Cristina quiso negar lo que se le inculpaba, pero enternecida después por los ruegos, echó a llorar pidiendo que la perdonasen, pero que no la violentasen porque aquello era un voto que había hecho.

—Es un voto que nadie te agradecerá, hija mía, le decía su padre, porque es un sacrificio completamente estéril, pues ni Alberto ha de recuperar la salud por el hecho de que tú te acuestes vestida, ni tú serás más virtuosa por mortificar tu cuerpo.

—Dios exige estas contrariedades, contestaba Cristina, con estóica resignación.

—No, hija; Dios no se entromete en estas cosas. Si tú eres su obra, haces mal en destruirla como te estás destruyendo, llevada de esas doctrinas fanáticas de que te han llenado la cabeza en el colegio. Parece imposible que tú, tan sensata siempre, incurras en esas ridiculeces con que no solo te enfermas sino que acongojas a tus padres que solo miran por tu bien.

Prometió Cristina que no lo volvería a hacer, pero no lo cumplió, preocupada con el supersticioso temor de que faltar a su voto acarrearía sobre Alberto la cólera de Dios. Y así poco a poco lo que en un principio había sido solo una distracción, iba acentuándose con toda la persistencia de una neurósis mística, que la hacía mirar con suprema indiferencia todo lo que la rodeaba, y relajando en su alma cariñosa hasta las afecciones de familia.

Entre tanto, la enfermedad de Alberto Conde, lejos de cejar, seguía avanzando de una manera aterradora. La carne se iba de aquel cuerpo, dejando solo la armazón huesosa apenas cubierta por la epidermis amarillenta y húmeda. Solo la santa paciencia de un padre podía soportar las impertinencias continuas del pobre enfermo, que más se apegaba a la vida a medida que en él se iba estinguendo. Se aburrió de la Tijuca, se le hizo insostenible el hotel, a cuya servidumbre tenía ya cansada con sus eternos reproches sobre la comida, sobre la cama, sobre todo, y exigió a don Rafael que lo llevase a las cercanías del Jardín Botánico, donde tenía la seguridad de que se encontraría mucho mejor.

Allá fué el solícito padre a consultar nuevamente a los médicos, y estos, que no se hacían ilusiones sobre el estado de Alberto, le aconsejaron que lo llevase donde él quería ir, que sin duda aquello le sentaría bien porque la estación calorosa avanzaba, y la proximidad del mar le haría más llevadera la temperatura.

Don Rafael alquiló un chalet próximo al Jardín Botánico y se instaló allí con su hijo. Los primeros días los pasó bien, distraído con la novedad del paisaje. Pascaban los dos por los alrededores y no se cansaban de admirar la decoración de verdura que tenía por delante. Sobre todo, lo que más atraía la atención de Alberto, era la entrada del Jardín Botánico. Se detenía allí largos ratos contemplando aquella calle interminable de palmeras que muere al pie de la montaña, pavimentada de arena rojiza, sobre la cual se destacan los promontorios de césped que sirven de base a aquellas columnas rectas y esbeltas, coronadas con un elegante chapitel de hojas verdes y brillantes como si de seda fuesen tejidas.

En medio de aquella vida, de aquella lozania, de aquella lujuria de la naturaleza, el pobre tísico parecía más consumido aun. Se sentaba en un banco, a la entrada, al pie de un árbol que era la imagen de su existencia, invadido por los parásitos que se nutrían con su savia, matando toda su vegetación, y allí se pasaba horas tras horas, aniquilándose en el quietismo, y devorado por la combustión interior que iba poco a poco secando las fuentes de la vida.

Al cabo de un mes, el Jardín Botánico le aburría ya como le había aburrido la Tijuca. Quería volver a Montevideo a dilatar la vista en las planicies. Aquellas montañas lo sofocaban, sobre todo el Corcovado, a cuyo pie vivía, y que a cada momento parecía amenazarlo con aplastarlo bajo su inmensa mole.

—Pero hijo, le objetaba don Rafael, tú no estás en estado de emprender viaje. Espera a reponerte un poco y entonces nos pondremos en camino.

—No, papá, es necesario que nos vayamos cuanto antes, porque lo que me aniquila es este calor, esta falta de circulación del aire encerrado entre estos cerros. Estoy seguro de que en Montevideo acabaré de mejorarme, porque ya ve Vd. que he mejorado mucho: ya no me dan aquellos accesos de tos que tanto me molestaban. Lo único que tengo es esta flacura de que me repondré inmediatamente cuando llegue allá, porque aquí no puedo comer: la carne es detestable, la leche es aguachirle, y hasta las legumbres son insulsas. Y luego, este calor que me debilita haciéndome transpirar todo el día y toda la noche... Si, papá; resueltamente nos vamos.

El pobre Alberto quería atribuir a todo lo que lo rodeaba la debilidad que lo aniquilaba, sin sospechar siquiera que la causa de todo estaba

dentro de él mismo. Su repugnancia a toda alimentacion era invencible. Rechazaba todos los platos que le presentaban, y no queriendo convenirse de su inapetencia, ideaba manjares que segun él comeria con gusto. Don Rafael no omitia diligencia ni gastos para conseguirlo en el acto, pero cuando le presentaban al enfermo lo que habia pedido, lo rechazaba con repugnancia, irritado, con la misma repugnancia con que el hidrófobo rechaza el agua que pide a gritos.

A fines de Setiembre, ya no pudo don Rafael contrarrestar el empeño que Alberto hacia por volver. El regreso era en él una idea fija, tema de todas sus conversaciones, sobre todo por la tarde, hora en que la fiebre le daba alguna energia y le hacia hablar con exitacion, descargando toda su irascibilidad sobre el desgraciado anciano, a quien inculpaba por detenerlo allí apesar de lo mal que le sentaba aquel clima.

Un día, despues de almorzar, don Rafael, que habia quedado en la casa escribiendo algunas cartas, salió al rato en busca de Alberto, que debía estar en el jardin. Pero por mas que lo llamó y buscó no pudo dar con él. El pobre padre se desesperaba sin saber a qué atribuir aquella ausencia, é hizo registrar minuciosamente todos los alrededores, pero sin resultado. A las cinco de la tarde volvió Alberto, rendido por la fatiga, pudiendo apenas respirar. A las preguntas que don Rafael le hizo solo le contestó haciéndole señas con la mano de que esperase: no podia hablar. Por la noche explicó su conducta. Habia ido a la ciudad en el tramway y preguntando de un lado a otro habia averiguado que dos dias despues partiria un vapor para el Rio de la Plata.

—Vámonos, papá; yo ya no puedo estar aquí, y hasta temo que voy a enfermarme seriamente si permanezco aquí ocho dias más. Quiero sorprenderla a Cristina, pero voy a estar de incógnito algunos dias para engrosar un poco, porque si me ve así, le voy a parecer muy feo.

Nuevamente consultó don Rafael a los médicos, y estos aconsejaron el viaje, con esa condescendencia que siempre tienen ellos para con los enfermos desahuciados. Aquellos dos dias los pasó Alberto con cierta animacion, preocupado de sus preparativos, y forjándose mil ilusiones. La víspera de la partida fué al Jardin Botánico como a darle la despedida, y con las veleidades propias de su enfermedad, lo volvió a encontrar espléndido. Hasta sentia cierta tristeza en abandonar aquel sitio encantador. Lo recorrió en una gran estencion y se detuvo en uno de sus rincones mas pintorescos y poéticos. Sobre un lecho de arena blanquísima, corria un hilo de agua cristalina, en cuya superficie se retrataba el delicado follaje de los bambúes, que en apretados mazos crecian en aquel sitio. Alberto se entretuvo en leer las inscripciones que los visitantes habian grabado en la lustrosa corteza de aquellos cañaverales, y sonreia tristemente al ver las ingenuas declaraciones que algunos enamorados habian confiado a las plantas, que las susurraban a la brisa que jugueteaba entre sus flexibles ramas. Aquello era un idilio de la naturaleza. Los bambúes alineados a una y otra banda del arroyuelo, entretejian arriba sus sutiles varillas vestidas con hojas delicadas, formando una nave de verdura por entre cuyas grietas filtraba el solapaje de luz que capitoneaban la arena con tachuelas de oro.

Todo era vida y exhuberancia en aquellos contornos. Millares de insectos con alas esmaltadas de azul y verde revoloteaban entre las plantas con zumbidos metálicos, brillando con fulgidos reflejos al cruzar por un rayo de sol, y apagándose al penetrar nuevamente en la sombra. Pájaros de matizado plumaje acudian al reparo de los bambúes y se bañaban agitando las alas dentro del agua, mientras otros, ocultos dentro del follaje, gorgaban sus canciones alegres.

Alberto se alejó lentamente de aquel sitio, como contrariado de ver tanta vida, tanta lozanía que parecia enrostrarle su aniquilamiento. Él mismo se sentia raquítico en medio de aquella pompa, de aquel lujo de savia y de robustez que la naturaleza derrochaba en torno de su cuerpo macilento, como haciendo escarnio de su miseria.

Dominado por esta idea, y delirante con la fiebre, llegó un momento en que se imaginó que todas aquellas plantas tenian movimiento y accion, y avanzaban todas hacia él, haciendo chasquear sus ramas para expulsarlo como a un leproso cuya vista repugnase a los moradores de aquel palacio de la naturaleza. Sentia que los bambúes le cruzaban el rostro con sus flexibles tallos, y creia ver que hasta las altas palmeras

se doblaban como enormes látigos haciendo resonar con chasquidos de fusta las cintas de sus verdes penachos.

Al dia siguiente Alberto no tenia fuerzas para levantarse de la cama. Habia en su ánimo un desfallecimiento completo, y en su postracion se sentia hasta hastiado de vivir. Más tarde, reaccionó; la idea del viaje volvió a reanimarlo, y con febril impaciencia exigió a don Rafael que no demorase un dia mas la partida. A la mañana siguiente debía zarpar el vapor y no habia tiempo que perder.

El pobre don Rafael salió a activar los preparativos del viaje, y Alberto quedó solo, sin atreverse a salir al jardin, dominado todavia por el delirio de la víspera en que llegó a creer que hasta la naturaleza hacia mofa de su raquitismo. Odiaba aquella vejetacion que le robaba la vida, quitándole hasta el aire que él necesitaba para sus pulmones, y atribuia a la malignidad del clima aquella postracion que lo invadia.

En su delirio, veia a Montevideo con sus casas blancas, con sus horizontes estensos, todo aseado, todo elegante, pobladas sus calles de mujeres hermosas y esbeltas; y entregado a estos ensueños lo encontró don Rafael a su regreso, vagando por sus labios anémicos una sonrisa triste.

Estaba Alberto en la sala, sentado en un cómodo sillón de paja, con la cabeza hundida entre una almohada de plumas, reclinada contra el respaldo; sobre los brazos del sillón tenia estirados los suyos, y sus manos colgaban pálidas, decarnadas, como una armazon de huesos sujetos por el pellejo. La mirada tenia un brillo intenso por momentos, pero en seguida caian nuevamente los párpados, como si estuvieran gastados sus resortes.

—Animo, amigo, dijo don Rafael con cierta jovialidad como para reavivar al enfermo; que ya está todo pronto, y mañana nos pondremos en marcha sin falta ninguna. Parece hijo que te causa pena dejar estos sitios que tanto te fastidian, segun dices tú a cada momento. Vaya! no te amilanes, quedentro de cuatro dias ya estarás en Montevideo, y podrás ver a tu Cristina que creo que es lo que mas te preocupa.

Alberto sonrió tristemente, pero no contestó. Estaba como distraido, y parecia no prestar atencion a lo que le hablaban. Por lo demás, parecia más tranquilo que de costumbre. La respiracion era menos fatigosa, y no lo molestaba la tos.

—¿Sabes papá, dijo por fin, que tengo un antojo?

—Pues dilo, hijo, que si en mi mano está complacerte, puedes darlo por conseguido.

—Pues se me ha ocurrido nada menos que ir a algun teatro esta noche.

—Permiteme que te diga que eso es una insensatez.

—No; no me sentará mal. Por el contrario me distraerá, y sobre todo, será una vergüenza que cuando esté en Montevideo no sepa qué contestar cuando me pregunten cómo son los teatros de esta ciudad en que he permanecido tres meses.

—Pero te sientes tú con fuerzas para ir?

—En este momento no, porque esroy muy cansado, pero luego estaré mucho mejor. Yo no sé lo que siento hoy; tengo un desfallecimiento que no sé cómo explicar, porque ni he caminado, ni me he agitado, y sin embargo estoy rendido de cansancio. Yo creo que ha de ser el calor.

—Pero la tarde está mas bien fresca, Alberto.

—Pues yo me sofoco. Es que Vd. es viejo, y tiene horchata en las venas en lugar de sangre, pero yo me quemo. Sin moverme, vea como me corre el sudor por la frente. Esto es lo que me debilita.

—Bueno, hijo, pero no hables tanto porque te fatigas.

—No, esta fatiga me viene del calor tambien. Yo sufro espantosamente con el calor, y nunca he sentido tanto como hoy. Felizmente... mañana... pobre Cristina...

Don Rafael estaba vuelto de espaldas arreglando sobre la mesa algunos papeles, y al notar que Alberto se habia interrumpido, le dijo, sin volverse:

—¿Y? ¿qué hay ahora con Cristina?

Y como no le contestase, se dirigió al sillón del enfermo, y al verlo,

cayó anonadado sobre un sofá, cubriéndose la cara con las manos y sollozando:—Hijo mío! hijo mío!

Alberto Conde seguía sentado en el sillón con los brazos caídos, la cabeza sobre el hombro, y los ojos entornados. Por entre los labios pálidos caía de suboca un hilo de sangre negra que manchaba el cuello de su camisa.

Estaba muerto.

FIN DEL CUADRO QUINTO

¡Siquiera esa ilusión!

Hereuse la beauté que le poète adore.

Lamartine.

UN abismo se abre entre nosotros,
Abismo de dolor
En cuyo fondo cual la niebla flota
Nuestro perdido amor.

Mas aunque vele ese nublado triste
De mis días el sol;
Tu recuerdo irá siempre, no lo dudes,
De mis pasos en pos.

¡Oh! quien hubiera creído, quien, que tantas
Esperanzas en flor,
Solo fruto de lágrimas nos dieran
Que la fiebre secó.

Porque tú ¿no es verdad? tú también sufres
¡Oh! dilo por favor!
Porque quiero, al creerte siempre pura,
Guardar esa ilusión.

Y tú que me dijiste: no amé nunca,
Nunca sentí como hoy!
¡Ah, no es posible! cómo á tu recuerdo
Puedes hacer traición.

A tu recuerdo que al hallarte á solas,
Cuando habla el corazón,
Te dirá: por tí sufres, no fué vana
Su palabra de amor.

El tejerá á ese amor una corona
De perenne verdor,
Si con la gloria, aspiración inquieta,
Alguna vez soñó.

«Dichosa la beldad que amó el poeta,»
Porque al mundo legó
Su nombre al suyo unido, en una misma
Sublime aspiración.

Yo tan solo sé amar, vendrá la muerte
Y extinguirá mi voz,
Mas por mi alguien dirá: ni á su destino
Desapiadado odió.

Tú puedes olvidarme, pero nadie
Te amará como yo,
Nadie hará de tu amor una sonrisa
Entre la tierra y Dios.

Sé que me olvidarás! Harto me dice
Ese polvo incolor,
Admófera de ruinas, do la planta
Del hombre se posó.

Mas no digas jamás que no me amaste,
Que tu labio mintió,
Porque quiero, al creerte siempre pura,
Guardar esa ilusión!

AUGUSTO V. SERRALTA.

VOLVIERON!

AQUELLA golondrina encantadora
Que en el alero del balcón vivía,
Aquella que el poema de mis penas
De memoria sabía,

Aquella golondrina enamorada
Que en torno de tu hogar se revolvía
Ha vuelto ya! y en su lenguaje hermoso
Preguntó si me amas todavía!

No quise responder esta pregunta
Pues, en verdad, temía
Que aquella golondrina me dijera
Algo que á ser verdad me mataría.
Huyó de mi balcón y yo ¡insensato!
Presa de mi delirio, ya leía
En sus negruzcas alas, un poema
Que mostraba á mis ojos tu falsía.

II

Ayer la golondrina encantadora
Me habló otra vez con su lenguaje hermoso
Y me dijo que sueñas con mi nombre
En horas reservadas al reposo.

Me refirió que anoche por tu alcoba,
Que es un nido de amores voluptuoso,
Ha flotado mi nombre, pronunciado
En medio de aquel sueño delicioso.

III

Yo que dudaba de tu amor, bendije
Aquella golondrina encantadora
Que disipó mis dudas, arrancando
Los secretos que flotan en tu alcoba.

Yo que dudaba de tu amor, le dije
Que anide en el hogar donde tu moras,
Pues quiero que contemple mi ventura
Hoy que sé que me adoras!

JOSÉ R. MUÑOS.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 6

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
D 6 D	R 5 R
P 4 CR	R 6 R
P 3 AD	R 5 R
D 4 D (mate).	

La solución fué enviada por el Duende, C. M., Sofia, Rocambole y Rocambolito, Nadie, Cagliostro, Un Aspirante á Presidente, Eduardín, Ed. Loedel y J. C. Bro.

CHARADAS

1.ª Olimpo—2.ª Adelante—3.ª (Charada-enigma) Clavel

Enviaron la solución de las tres Sofia, Nadie y Rocambole y Rocambolito;—de las dos primeras Bertuccio, Cagliostro, Rayuga;—de las dos últimas Moniato; y de la tercera solamente Una Floridense y Tanama.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.^a Botella—2.^a Lobreguez—3.^a Treinta—4.^a Didfano.

Algunos aficionados a este juego han hecho notar con razón que de la 1.^a sale también Bellota, de la 3.^a Retinta y de la 4.^a Afinado.

La solución de las cuatro nos fué remitida por Rocambole y Rocambolito y P. de Mellao;—de la primera: por Sofia, Bertuccio, Nadie, Cagliostro, Una floridense y Un aspirante a Presidente;—de la segunda: por Bertuccio, Nadie, Cagliostro y Una floridense;—de la tercera: por Nadie;—y de la cuarta: por Sofia, Cagliostro y Moniato.

SALTO DE CABALLO N. 4

*Es claro día el placer
Y oscura noche el dolor,
Mas en mi vida, Señor,
¿Cuándo logra amanecer?
Cuando ella hda ti sus ojos
Vuelva piadosa ¡Dios mío!
Si en sus promesas me fio
Siempre de luz tendré antojos.*

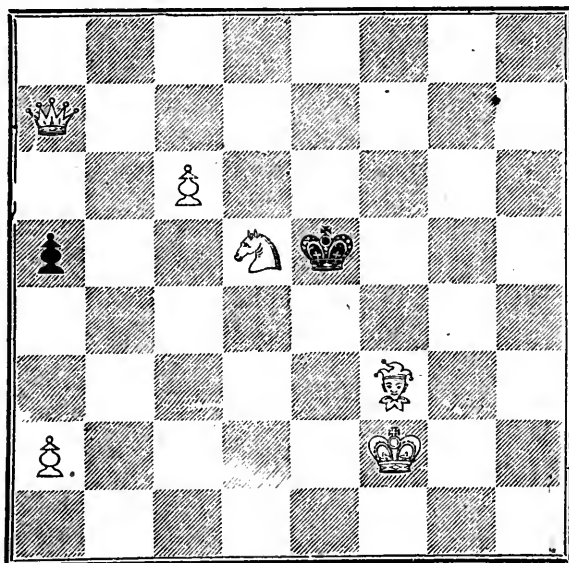
Fuè resuelto por Sofia, Una Floridense, Rocambole y Rocambolito, Rayuga, Moniato, Un Aspirante a Presidente y P. de Mellao.

GEROGLÍFICO N. 6

Solamente el tiempo cura las enfermedades del espíritu.

La solución exacta nos fuè remitida por Tomás Lafonte, J. C. Bro, Una Floridense, Moniato, Sofia, Rocambole y Rocambolito, Bertuccio, Nadie, J. D. Pintos, Cagliostro, La sociedad a destra y sinistra Rayuga.

Problema de Ajedrez por «El Duendes» N E G R A S



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

FUGA DE VOCALES

P.s.—y.—l.—st.c.—n.—d.—l.s.—m.r.s
Y—l.—d.—d.—l.—s.—s.—ñ.s.—pl.c.—nt.s.

P.s.—l.—d.—l.—c.—s.—pr.m.—v.r.
Y—c.—n.—ll.—l.—s.—fr.t.—s.—y.—l.—s.—fl.r.s.

FUGA DE CONSONANTES

.a.a.a.—e.—a.—ue.—e.—o.—a.o.e.
Y.—e.—a.—i.a.—a.—c.—i.—ui.e.a
.o.o.—a.a.—u.a.—o.—o.—a.—e.—e.a
.e.a.—a.o.—e.—ue.—o.—i.—a.o.e.

FUGA DE UNA LETRA SI Y OTRA NO

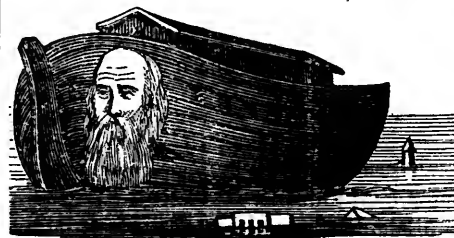
T.m.i.n.—a.a.o.—l.s.—n.t.n.e.—p.r.s.
.n.—u.—e.—a.m.—a.—u.—i.h.—n.—h.l.o.—a.a
.i.—i.—p.r.—s.—a.h.—d.q.c.—n.—m.r.s
.o.o.—l.—a.o.—a.o.—o.—o.—a.a
.n.—m.n.d.—f.l.a.—e.—o.—d.r.s.
.u.—t.n.o.—a.e.—r.s.—e.e.—e.—m.—c.s.

SALTO DE CABALLO Y PASO DE REY

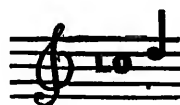
se	no	que	la	mia 64	Can	tos	to
res	li	ra	Lu	de	ras	bi	lec
in	Son	ra,	do	nes	del	los	sé
te	o	di	ria	ce	poe	'las	en
ren	ra	fre	li	la	A	Yol	que
Yo	re	fue	c.	tas,	pul	san	ni
cual	preo	san	pan	es	o	ñas	que
Ni	es	to	no	Si	á	las	los

Empieza en el número 1 con salto de caballo y termina en el 64 con salto de caballo también. —Después de cada salto de caballo sigue un paso de Rey.

GEROGLÍFICO NÚMERO 7



S S



T i